

al incauto viajero, ni quien fue tan loco que pensase en castigarla? En cambio, ¿qué pueblo, por salvaje que se le suponga, no ha reprobado ciertas acciones del hombre y alabado otras? ¿En qué pueblo no ha habido algún modo de premiar al que obra bien y de castigar al que procede mal?

Salta, pues, a la vista que el hombre no es Dios, pero tampoco es piedra ni máquina parlante, y vése al punto lo fútil de aquel teje-maneje de los trascendentales y panteistas que con Hegel, Schelling y Fichte a la cabeza, suponen que el *Ego purum* no conoce más ley que una necesidad *férrea* de volver y revolver por el laberinto de los *Egos* y *Non Egos*. Con solo un poco de reflexión se ve también el disparate de los materialistas que se imaginan que el hombre aparece en la escena del mundo como los hongos en potrero fértil, sin más entendimiento que una masa fosfórica para dar de cuando en cuando algún chispazo de representación cognoscitiva, ni más vida y libertad que una serie de operaciones mecánicas. Y veremos también, cuán equivocados se encuentran Taine al afirmar que la virtud y el vicio son producto de secreciones como el vitriolo y el azúcar, y Macherot con los positivistas que creen que el orden moral es una especie de *enteco* que lentamente acaba con

los espíritus fuertes y arriscados y que las penas con que la religión amenaza a los impios es el *coco-duende* con que la nodriza acalla al pequeñuelo que la ensordece con su *chirimla* y destemplados lloriqueos.

Ya tenemos, pues, dos fundamentos: que el hombre ni es Dios, ni es máquina, ni es ser fatalmente arrastrado a hacer una cosa y no otra.

¿Qué es entonces? Si no está en los extremos, si no es espíritu solamente, ni materia inorgánica u orgánica o animada pero sin libertad, dónde estará? En el medio, es decir, que participa de lo uno y de lo otro: alma y cuerpo. Y en cuanto tiene alma que entiende y quiere, como cada uno lo experimenta, esa alma es espiritual, y en cuanto es espiritual debe sobrevivir a la materia, porque si pereciera con ésta, sería orgánica y entonces no podría entender ni querría libremente.

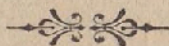
Mas si sobrevive a la materia, debe quedar bajo el dominio de alguien y ese no es otro que el mismo que le dió principio y la conserva. Y si tuvo principio en otro, si su conservación está radicada en él, ¿podrá estar exenta de sujeción, de deberes y de derechos para con ese ser a quien llamamos Dios? Y si depende de Dios y a El la ligan deberes de

que no puede eximirse en cuanto es su criatura, dedúcese que en el acuerdo o desacuerdo con el querer de Dios está lo bueno y lo malo de su obra.

Tenemos, pues, el fundamento definitivo: *donde hay hombre tiene que haber moralidad y es imposible destruir el orden moral sin destruirla misma naturaleza humana.*

Mas ¿cual es el límite entre las acciones buenas y las malas? ¿Qué hay en la naturaleza para que, independientemente de la libertad individual, una acción quede señalada, marcada con la nota de moralidad?

Acompáñenos, amado lector, al viaje que emprenderemos en seguida; de lo que usted vea en él dependen las más terribles consecuencias para los pueblos y para los individuos en particular.



EL LABERINTO DE DEDALO

Entre las leyendas mitológicas de la antigüedad, es célebre la del Laberinto fabricado por Dédalo, oriundo de Atenas y descendiente de sus primeros reyes. Era un vasto edificio cuya interior distribución era en tal manera complicada, que quien entrase una vez en él, jamás acertaba a encontrar la salida. El mismo inventor y su hijo fueron, por cierto crimen, encerrados en él, y, como el edificio no tenía cubierta alguna, cuentan que padre e hijo, provistos de alas de cera, salvaron los murallones y quedaron en libertad. Añaden que Icaro, olvidando las advertencias de su padre, se aprovechó de sus alas para volar muy alto, y habiéndose aproximado al sol en demasía, se le derritieron las alas con el calor de sus rayos, y, cayendo al mar, pereció para escarmiento de osadas presunciones. Concluyen, en fin, refiriendo que solamente Teseo pudo entrar en el Laberinto, matar al monstruo Minotauro que en él se encerraba, y volver a salir, gracias a un hilo que Ariadna le aconsejó atara en la puerta del edificio, llevándose consigo el otro cabo para poder fácilmente desandar lo andado.

Tonta por demás puede ser la leyenda; mas sabremos sacarle el jugo en provecho de nuestros lectores.

Han tenido también las ciencias sus laberintos quizá más intrincados. Entremos en uno de ellos.

Perdiendo los pseudo-filósofos la esperanza de acabar con el orden moral, cambiaron de rumbo; y al inquirir la regla que marca los límites entre las acciones buenas y malas de nuestra voluntad, pervirtieron lastimosamente los conceptos, y antes que entrar en pretina y contradecir a las pasiones, entraron sin precaución en el laberinto de los más extravagantes errores, en los cuales perecieron unos, mientras que los restantes se dividieron en dos bandos: el de aquellos que con las pobres alas de la razón quisieron subir hasta Dios y chamuscados se inundaron en el mar de los vicios y de las penas interminables de otra vida; y el de aquellos que, más cuerdos, llevaron consigo el hilo de la buena intención, del deseo de la verdad y del bien y pudieron desenredarse del laberinto y de nuevo gozar de las bellezas del orden moral. Todos han tenido y tendrán quienes los imiten, como más adelante lo veremos.

A dos grupos podemos reducir todos estos amantes del desenfreno y de la sensualidad en sus diversas formas.

Figuran en el primero: los que, como Pirro, sostienen que sólo existe uno y todo lo demás no es sino ilusión, de modo que a mí me parece que estoy escribiendo con una pluma y tinta, sobre papel, y que alguien entretanto se pasea por el corredor cercano, mas todo eso es ilusión: sólo existo yo. Y a tí, lector amigo, te parece que estás leyendo estas palabras y que ellas están en un libro, mas eso es ilusión, no hay ni palabras ni libro ni carabina de Ambrosio. ¿No te parece bonito el sistema? Admitido él, ni hay Dios, ni hombres, ni criaturas, no hay más que el yo, y ese yo puede hacer lo que le venga en apetito sin tener que responderle a nadie. Cuentan que un día iba Pirro con algunos discípulos por una calle, cuando de pronto arremetió contra él un perro y le puso en precipitada fuga. Este hecho abrió los ojos a uno de los engañados por Pirro y le gritó:—No corra, Maestro, parece perro, pero es una ilusión—A pesar de la advertencia, Pirro siguió corriendo porque la ilusión perruna insistía en quererlo morder. Hé aquí los espíritus fuertes en contradicción con lo que enseñan.

Se nos figura ver a estos filósofos aislados en el espacio, como cierto caballero de Bogotá cuya interesante aventura vamos a narrar.

Había pasado una noche varias horas en alegre tertulia con sus amigos, no sin mojar el paladar más de lo necesario con diversos licores. Trepadas las exhalaciones de éstos a la cabeza y terminada la tertulia, dirigiase el caballero a su casa, cuando un perro, pariente sin duda del de Pirro, salió a perturbarle el paso ya, por efecto del licor, no muy seguro. Defendióse el buen señor como pudo, viendo quizá en plural los enemigos, y llegó al *Puente Colgante*. En medio de su embriaguez, acordóse que en ese punto era peligroso el paso y quiso, como medida preventiva, tantee el suelo, en medio de profundísima obscuridad. Tomó el bastón que llevaba pendiente del brazo y tentó hácia adelante. No halló suelo. Asustado se inclinó un poco más, siempre moviendo el bastón, pero nada encontró. Tanteó hacia los lados y sólo encontró el vacío. Volvióse con mucho tiento y tocó hácia atrás: el camino por donde había venido tampoco parecía. Temblando de pies a cabeza y topeteándosele los dientes, creyóse presa de terrible pesadilla. Ocurriósele tocar al menos el suelo donde estaba de pie y ...tampoco lo

halló!! Empezaba ya a creerse de la luna para arriba cuando se le ocurrió revisar el bastón. ¡Sólo tenía el mango, único resto de la batalla canina!

Viene otro grupo de extravagantes: unos vuelven a entrarse en el laberinto de su propio sér, constituyendo en fuente de toda moralidad y de todo derecho una voluntad caprichosa o una razón absoluta e independiente, y otros no buscan esa fuente en sí mismos, sino que van a cazarla en la naturaleza, pero no van a donde debieran ir y se contentan con arbitrariedades y cosas puramente sensibles.

Van a la cabeza de los primeros Hobbes y Rousseau con todos los racionalistas, que, abogando por la sencillez del estado salvaje, canonizan la libertad de las selvas y reprenden a la religión por reprimir y tiranizar a la naturaleza. Para ellos el hombre es tanto más perfecto cuanto más se acerque a la indómita salvajez del bruto. «El hombre, dice Hobbes, es por naturaleza salvaje y enemigo de todos (*homo homini lupus*. El hombre es lobo para el hombre,) sin más principios de moralidad, leyes y religión que la voluntad de un tirano que a viva fuerza lo redujo a mandamiento y señaló los límites de la moralidad. Por tanto, si el hombre puede deshacerse de

su superioridad, quítelo de en medio cuanto antes y vuelva a su estado primitivo de voluptuosidad.»

Terribles principios que a vuelta de siglo y medio obtuvieron completo desarrollo bajo la pluma atea del filósofo de Ginebra, Juan Jacobo Rousseau, cuando al derivar las sociedades de un contrato más o menos explícito, colocó la fuente del orden moral en la reunión de las voluntades, resumidas e interpretadas por el elegido para gobernar, y vertió el veneno que corroía su corazón ateo en las siguientes frases:

«El único y verdadero remedio de los males que nos aquejan, es volver al estado primitivo de la naturaleza; porque las leyes humanas sólo han servido para poner cadenas a los débiles, para dar fuerza a los ricos, para destruir la libertad natural y perpetuar la propiedad y la desigualdad.» ¿Qué más se querían los liberales? Ya quedaba resuelto el problema: si no hay más Dios que el ESTADO ni más fuente de moralidad y obligación que la voluntad del que me gobierna, ni más límites entre *bueno y malo* que la libertad sin trabas de cada uno, hay que gritar al punto: ¡Sálvese quien pueda! y cada cual puede decir: ¡Gócela yo y árda el mundo! No más príncipes ni tronos ni leyes. ¡Viva yo! Viva el pueblo *soberano*

con todos los *yoes!* ¡Viva el sagrado derecho de matar al que se me antoje!

Y lo peor, amados lectores, es que esos gritos no han salido de mi mollera, sino que, escamados los pueblos, les vino de perlas tan cómoda doctrina y resolvieron ponerla en práctica, y desde Francia hasta los últimos confines del mundo civilizado, la sangre corrió a torrentes, y por no adorar a Dios, se adoró la iniquidad en forma de mujer, y por renunciar a un rey se aguantaron encima centenas de monstruos, azotes de la humanidad.

Refería un antioqueño que en la batalla de *Palonegro* fue tal la mortandad, que los gallinazos sólo comían de general para arriba y que a un pobre zancudo que se asomó por curiosidad a una de las lomas del combate, le dieron treinta mil balazos en una pata y hasta una paja le sacaron de un ojo con una bala de cañón. Y agregamos nosotros que esto no es ni sombra de lo que ha pasado en el mundo por causa de las sangrientas doctrinas de Rousseau y de Hobbes.

Descanse un poco, amado lector, y prepárese para oír un cuento en seguida; mas no se deje llevar por la curiosidad: descanse un poco, domine la comezón de saberlo todo en un instante. No es la mucha comida sino la bien digerida la que alimenta.

EL CABALLO MISTERIOSO

Erase no una vieja, no a una nariz pegada, sino un viejo muy amigo de despistar la gente. Aunque lleno de achaques y cubierto de canas, apenas oyó que en el pueblo de Comacalle había fiestas muy ponderadas, se fue bien provisto de dinero, resuelto a echar no una sino todas las canas al aire. Vino de Comacalle contando maravillas. Un día, en el corrillo que solía formarse bajo el copudo cedro de la plaza, refirió lo siguiente:

—Pues sabrán ustedes que en las mentadas fiestas, y es cosa de no creer, ví yo un caballo cómo jamás mortal alguno pudo soñarlo.

Abrieron todos la boca y contuvieron la respiración. El viejo prosiguió:

—Si yo no lo hubiera visto, no lo había creído. Era el caballo más raro. ¿Han oído ustedes hablar de él?

—Nó, señor. Cuente usted pronto.

—Pues bien. Cada vez que me acuerdo...

Ya los espectadores no podían tenerse de curiosidad y, con los ojos y la actitud del cuerpo, bien dejaban ver el anhelo de saber lo ocurrido.

—Era un caballo—continuó el pillo del viejo—negro, completamente negro, más ne-

gro que azabache, todo el lado izquierdo, desde las orejas hasta la cola.

Uno de los oyentes se apresuró a preguntar:

—¿Y del otro lado como era?

—Negro también—contestó el viejo, serio como un chicote.

El sistema que vimos en el capítulo anterior es verdaderamente desastroso, más negro que el caballo de nuestra historia; mas el que vamos a ver, es como el anterior.

El sistema de Rousseau sólo se propone la independenciam de la mitad del hombre o sea de la voluntad que no debe reconocer más fuente de obligación y de moralidad que el capricho. Quedaba la razón, destello divino, en riesgo de encontrar, al ponerse en comunicación con los objetos exteriores, alguna regla de moralidad, algún freno para las pasiones, y ante tamaño peligro, era urgentísimo independizar también a la razón para que el hombre no tenga más regla de moralidad que a sí mismo. Racionalismo crudo que encontró también su protector en el filósofo de Koenisberg, Manuel Kant, llamado con justicia *padre de los liberales*.

Envuelto, como incauta mariposa, entre las redes de un subjetivismo fanático, echóse luego a revolotear sin rumbo fijo por el mun-

do de las ideas; a pocas vueltas tropezó con el orden moral y, no pudiendo resistir su luz y aferrado a sus célebres categorías, se vino a tierra, se abismó en la *razón pura* y en la *subjetividad*, de donde sacó esta regla famosa, llamada el imperativo categórico de sus ideas morales:

«Obra de manera que la máxima de tu voluntad pueda servir al mismo tiempo de norma o principio objetivo de legislación universal.» El mismo desenvuelve su imperativo en las siguientes afirmaciones:

1º La *razón pura* ha de ser, independientemente de Dios y de toda objetividad, ley y norma *absoluta y autónoma* de las acciones morales.

2º Lo que no emana de este principio subjetivo (es decir lo que mi *razón pura* no apruebe) no tiene fuerza de obligación, ni debe mover a nuestra propia voluntad, aunque todo el género humano diga lo contrario y salga al encuentro la misma revelación de Dios.

Sentados estos principios, los racionalistas y liberales de nuestros días, se encargaron de sacar las consecuencias, y el indiferentismo y racionalismo comenzaron a propagarse en las sociedades modernas, porque, ciertamente, si no hay más freno ni regla que el propio juicio azuzado por las pasiones y cegado por

el orgullo que hace ver el dictamen propio superior al ajeno, si para el hombre no hay magisterio que lo dirija, ni superior que lo enderece, ni camino cierto, ni norte para seguirlo, si todo es idealismo y nada hay fuera, si en términos filosóficos todo es subjetividad con prescindencia de la objetividad extrínseca, Dios está de sobra, desaparecen El y su Religión, y queda tan sólo el hombre autócrata y la sociedad convertida en guerra de todos contra todos, ya que la razón les mandará a todos ser reyes y no súbditos. Llegados a ese punto, cada pensamiento es una ley, cada juicio una regla de moralidad, y el hombre se convierte en Dios y terminan todo derecho y toda obligación.

Del salvajismo canonizado por Rousseau y por Hobbes, de la autoridad absoluta de la razón proclamada por Kant, y de la utilidad, defendida, según veremos luégo, como único argumento de lo bueno y de lo malo, nacen todas las libertades absolutas, el laicismo de la enseñanza, el Estado sin Dios, la familia sin matrimonio, el individuo sin conciencia, el alma sin premios ni castigos, en una palabra: el LIBERALISMO, el imperio de Satán por medio de las logias y el mundo, en fin, brincando por los espacios como un asno salvaje que tira coces y hace lo que su instinto le pide.

LA MAQUINA ENCANTADA

¿No sabe nuestro lector una de las más famosas invenciones de las *mentalidades* de nuestros días? Pues vamos a ponerlo al tanto de este acontecimiento *mundial*.

Es el caso que se encontraron, tal vez en la luna, un antioqueño y un andaluz, y cada uno a porfía comenzó a ponderar los progresos de su tierra. Después de increíbles exageraciones, cada una de las cuales sobrepujaba a la anterior, díjole el andaluz al antioqueño, creyendo que esta vez lo dejaría sin habla:

—Pues mire usted: en mi tierra se ha inventado una máquina estupenda: se coge de una pata un cerdo y con lazo y todo, así vivito, se le mete en la máquina; se le da al volante de ésta un pequeño empujón y he aquí que con media vuelta se abren veinticinco tubos y por el uno salen longanizas, por el otro chicharrones, por éste la manteca acuartillada, por aquél las génovas amarradas con el fique del lazo que llevaba el cerdo, y así va saliendo todo, sin que siquiera quede la máquina engrasada.

Oyólo el antioqueño con la boca abierta, y un tanto respuesto de su primera sorpresa, le contestó:

—Pues paisanito: allá en su tierra están muy atrasados porque, no me diga, yo ví en Marinilla una máquina en la cual, si al cliente no le gusta la calidad de las longanizas y chicharrones y génovas y manteca y demás productos, se echan de nuevo, se le da media vuelta al volante en sentido contrario, y ¡por la Virgen de Manizales! sale ese marrano brincando y con la soga al cuello, que ni los rojos el día que triunfen! ¡De más!

No te han gustado, lector amigo, las ilusiones de Pirro, ni los pacíficos sentimientos de Hobbes y Rouseau, ni las pesadillas de Kant? Pues vamos a darle media vueltecita a la máquina y verás cómo sale el marrano brincando.

Nos referimos al sistema de Bentham, llamado *utilitarismo*, más grosero y prosaico que los anteriores, pues que en él todo se reduce a cuestión de *cocina* y de *bolsillo*. Resucitando la moral de Sardanapalo, no reconoce más fundamento de moralidad que el interés y hace consistir la bondad y malicia de las acciones libres en la razón formal de utilidad y daño. De modo que, según estos principios, empujado el hombre por la vil codicia y por el placer sensual, marcharía a todo escape por la carrera del crimen sin encontrar barrera alguna en los derechos de propiedad y san-

to pudor y sin que el mismo Bentham, con todas sus industrias de armonismo y neutralización de mutuos derechos, fuera capaz de detenerlo en tan peligrosa vía. Pues ¿qué importa, en efecto, que mi vecino cuente con los mismos derechos que yo? Nos daremos prisa todos para ganarnos unos a otros por la mano, y prevenir antes que nadie la mayor utilidad.

—Pero advierta usted—respondería Bentham—que también sus colegas tienen ese mismo derecho y pudieran hacer otro tanto con usted, y que, por lo mismo, nadie queda lesionado.

—Entonces—contestaríamos—la cuestión es de viveza: acabar uno con los demás antes que ellos acaben con uno.

Y no vale decir con Spencer que esta utilidad en que consiste la bondad de nuestras acciones, ha de tener ciertos visos de común y ha de ser resultado de un cálculo bien discutido. Porque, admitido eso, el hombre más sagaz para obtener primero su utilidad o su placer, el más bribón, sería el más moral, el más virtuoso.

No basta para justificar una acción, que sentado en su solio de Presidente de una República, después de haber discutido bien la proposición y despejado todas las incógnitas,

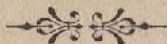
después de considerar las fuerzas de que dispone, la debilidad de su contendiente, la neutralidad de las otras potencias, saque al fin por consecuencias que para abrir un canal o adquirir cualquiera otra utilidad, puede, sin más razones, robarle lícitamente a un país inerme el territorio que sus agallas apetezcan. Según la doctrina de Bentham, esa nación absorbente sería el prototipo de la moralidad.

Contra semejantes abusos reclama el sentimiento universal, que reconoce algunas acciones como buenas o malas por su naturaleza, sin que basten los acorazados y cañones, ni los intereses de un pueblo usurpador, para hacerlas cambiar de aspecto en la nación menos civilizada.

Hace muy poco huíamos del hombre *autócrata, independiente, semi-Dios, jabalí de las selvas o tirano en virtud de su razón pura*, y ahora nos encontramos con el hombre *egoísta, carnal, calculador en pro de su bolsillo, con la soga de las pasiones al cuello*. Prueba evidente de que si para buscar una regla segura de moral, es preciso salir de nosotros mismos al mundo exterior y *objetivar* las ideas morales, no lo es menos que este valor objetivo ha de tener hondas raíces en la esencia misma de las cosas.

No hay, pues, que cimentar el recto proceder de los hombres sobre terreno tan mudable y quebradizo como el propio capricho o la propia razón o la propia utilidad o el placer sensual en sus múltiples manifestaciones. No hay tampoco que hablar de simpatías y benévolas afecciones del corazón con Shafterbury, ni de presentimientos naturales hácia lo bueno con Tomás Raid, ni de economía social con Adán Smit. Hay que abrir los ojos y renunciar a delirios, aunque al cuerpo formado de tierra no le cuadre la verdad.

Salgamos ya del Laberinto, no para volar hasta el sol de la Justicia con las alas de cera de la pobre razón, porque el que presume de condor puede sepultarse en el lodo, ni tampoco para volver al error, sino para seguir atados a la sana doctrina, tras las huellas del único que salva las sociedades, las familias y los individuos: Jesucristo.



EL BUITRE QUE NO MUERE

Nos refiere Virgilio en la obra que lo ha inmortalizado, cómo al llegar Eneas al Tártaro conducido por la Sibila, encontró sobre candente roca a Ticio, el alumno de la Tierra que tenía sobre él un hambriento buitre devorándole continuamente el hígado, y a medida que se lo iba comiendo, el hígado renacía. Así el ferroz animal tenía por nido el pecho de la víctima, y ni el corbo pico se le amellaba, ni la víscera cesaba de renacer.

Ese buitre es el orden moral que no cesa de desgarrar la conciencia con horribles remordimientos a cuantos yacen tendidos sobre la roca incandescente del vicio.

¿Queréis ya, benévolo lector, conocer de cerca ese buitre que no muere? ¿Anheláis saber cuál es la norma de las buenas acciones para ejercitarlas y de las malas para huírlas o enmendarlas?

Fijaos en un reloj. Cáundo decís que es bueno? No cuando anda solamente, sino cuando marca con exactitud las horas, es decir, cuando se conforma con su naturaleza de reloj, *en todas sus partes*, conservando cada rueda su puesto y desempeñando el oficio que le toca, *y en todas sus relaciones*, guardándose la debida dependencia de unas ruedas con

respecto a otras, y la armonía entre las distintas funciones que las partes desempeñan.

Y el hombre es un reloj, pero reloj que sí participa de los minerales y vegetales por su cuerpo y su desarrollo, siente con los animales y piensa y quiere con los espíritus, pues no debes olvidar que el hombre si no es Dios tampoco es piedra ni perro, sino anillo entre el irracional y Dios.

¿Cuándo, pues, se dirá que el hombre es *bueno*? No simplemente cuando *anda*, es decir, cuando come con buen apetito, duerme a pierna suelta, se ceba en placeres comunes al cerdo y al asno, viste bien, camina con elegancia, y en fin, *anda* por el mundo y sus salones sin *ton ni son*; sino cuando *anda bien*.

Ya nos parece ver en los labios de más de cuatro lectores, una sonrisita burlona y una no reprimida curiosidad por preguntarnos: ¿y cómo se hace para saber si *anda bien*?

Recuerden lo que dijimos del reloj y entenderán nuestra respuesta:

Es *bueno* el hombre cuando sus actos todos se conforman con su naturaleza de hombre, en cuanto es naturaleza racional, no sólo de acuerdo con lo que legítimamente pida cada una de sus partes, sino también en sus relaciones con sus semejantes y con Dios.

Por consiguiente, cuanto le quita el distintivo que tiene con el bruto y lo iguala con éste, o lo que es peor, lo pone por debajo, deja de ser *bueno* para el hombre, lo *atrassa*; y cuanto lo saca de su esfera y lo quiere poner sobre las leyes que el que lo crió y es su dueño le impone, lo hace obrar contra su naturaleza, lo pone en el terreno de lo *malo*, lo *adelanta* y claro está que si la perfección del reloj no está en que se atrase y se adelante, mucho menos la del hombre lo estará en bajar al nivel del bruto o en aspirar a libertarse de Dios y de las leyes así divinas como humanas que deben regular su movimiento.

¿De dónde nace, aun en el hombre descreído, aquella satisfacción que experimenta al alargar la mano al desvalido en lugar solitario donde nadie lo ve, sino de que la conciencia, aunque él no crea en ella, le grita la conformidad de su obra caritativa con la naturaleza racional?

Tal vez se nos diría que favorecemos la llamada *moral independiente*. En manera alguna. Es cierto, y lo sostenemos, que el primer movimiento de vergüenza o de satisfacción racional arranca en todas ocasiones de que el que obra ve que su proceder está conforme con su naturaleza racional: más este no es sino el primer eslabón que liga las acciones

humanas con Dios; es, como quien dice, el enganche más cercano al hombre en el cual nos fundaremos para ascender en busca de los otros.

Antes de pasar adelante, bueno es observar el absurdo en que incurren quienes sostienen que el hombre en público puede lícitamente obrar de modo contrario a su conducta en privado: de modo que puede ser magnífico padre de familia y ejemplar de católicos de puertas para adentro, y un ateo y anticlerical y rojo y socialista y republicano intransigente y masón incoloro y sin carácter, si ocupa un puesto público. Para mostrar ese absurdo preguntamos:

¿Cambia el hombre de naturaleza por pasar de ciudadano a gobernante? Sí o nó.

—Sí. Entonces ya no es hombre, y como tiene cuerpo, tampoco será ángel: será cerdo, papagayo o lo que queráis.

—Nó. Entonces sus acciones deben conformarse a esa naturaleza que no cambia, y por tanto, lo que es bueno en la alcoba, es bueno en el palacio de Gobierno, y lo que es malo en casa, es malo en todas partes.

Ya desearían muchos poder mudar de conciencia y hasta de naturaleza cada sábado al mudar de camisa, y aun cada día.

Quizá se alegue por otros que nuestra doctrina está muy buena hablando del individuo, pero que las sociedades no reconocen más fuente de obligación y de moralidad que la autoridad de los gobernantes.

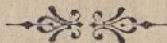
Preguntamos: ¿de qué se componen las sociedades?—De individuos.

¿Pierden éstos su carácter de tálés y su naturaleza por reunirse con otros y someterse a otro que los gobierne?—No pierden nada; luego ellos que son sujeto de lo que hace el conjunto tienen la regla de moralidad que tenían antes de congregarse.

Además: si los individuos *dependen* del que los crió y son responsables de sus actos, o en otras palabras, si ellos no tienen sobre sí mismos autoridad independiente de Dios, ¿cómo al reunirse dan al conjunto o al que los dirige lo que no tienen? Prueba evidente de que los individuos *designan, escogen* al que ha de gobernarlos, pero la autoridad la recibe del que rige a los individuos como Criador y Señor, es decir, de Dios; y como en Dios no puede haber contradicción porque ésta sería defecto de sabiduría, y un Dios defectuoso es un absurdo, resulta que lo que es bueno o malo para el individuo, lo es para la sociedad, y que una misma es la ley moral que dirige al hombre, solo o acompañado. Quiere decir que

en el primer caso no pasa por medio de otro hombre el precepto, y en el segundo, sí; pero lo mismo es orden real la que da el Rey del cielo directamente que la que notifica su representante en nombre de El y con poderes suficientes.

De donde salta a la vista que los actos del súbdito no son buenos o malos por la autoridad del gobernante sino por la conformidad del mandato y de la acción con la ley de la moralidad ya establecida y con la que vamos a establecer.



EL PORRAZO DE LA ARDILLA

Eramos muy jóvenes y estábamos estudiando en el Colegio de San Bartolomé, cuando llegaron las vacaciones de 1904. Con la alegría de las almas al dejar el Purgatorio, suelen esperar los muchachos esos días que, si bien necesarios para el descanso, son tan peligrosos para el espíritu. ¿Qué no hace el torrente un año represado?

Nosotros, a decir verdad, ni éramos de los más ni tampoco de los menos entusiastas. Fuimos a pasar los dos meses a la vecina ciudad de Facatativá, donde entonces residía nuestra familia, e ignoramos si por cariño o por ironía una hermana muy despierta nos tenía de regalo una ardilla domesticada que desde el alba a la noche todo lo resolvía y doquiera estaba saltando y gruñendo en la actitud más divertida. Sirviéndonos de recreo los tres primeros días. Mas al cuarto, con la cadena que solía llevar al cuello, se subió al árbol del patio y al verse allí y, casi podemos decir, al recordar su selva, púsose a brincar de rama en rama, más feliz que nunca. En uno de esos saltos, el extremo de la cadena había quedado sobre una rama más alta que la en que se hallaba reposando un instante, y dejándose llevar de su inquietud, resolvió treparse cada-

na arriba. Como ésta no estaba asegurada, todo fue intentarlo y deslizarse la malhadada cadena, dando con la graciosa ardilla en el duro suelo, donde expiró entre tristes contorsiones.

Hoy el recuerdo de aquel gozo amargado de tan trágico modo, nos sirve muy bien para seguir engañando a nuestros lectores que, engolosinados con lo que pica la curiosidad, se servirán respondernos:

—¿Qué es la naturaleza racional, como regla de los actos humanos, si Dios no la sostiene y si a El no sube como a fuente primera de virtud?

Es una pobre ardilla, inquieta por las penas y contingencias de la vida, que al agarrarse de la soga que lleva al cuello, da consigo en tierra y allí, revolcándose, perece.

Hay pues, que subir y subir muy alto.

Cierto que el reloj será *bueno si anda bien y malo si anda mal*; pero, ¿quién le dio la naturaleza de reloj que tiene? ¿Dónde esta la norma que sirvió de modelo para señalarle su naturaleza: que sirviera para marcar las horas y no para algo inferior ni para algo superior?

El papel en que escribimos podría casi responder aunque no sabe hablar.

Al reloj le dió su naturaleza el que pudiendo hacer con el mismo metal una sartén

para freír micos, lo convirtió en reloj. La norma de su andar estaba en la mente del relojero.

Pues bien. Volviendo al hombre, ¿quién le dió la naturaleza racional que posee y a quién debe conformarse esa naturaleza?

—Diósela Dios que lo crió y en la esencia de ese Dios está la raíz, el manantial de toda regla que conduzca al bien y que aparte del mal.

He aquí la fuente y regla suprema de moralidad: DIOS.

Podemos, pues, decir que al modo que la brasa produce la llama que ilumina, Dios produce la llama de la regla próxima de la moralidad y que si la llama no existe sin la brasa, tampoco puede existir moral alguna donde a Dios se le saca de en medio.

Veáse aquí lo absurdo de la cacareada *moral independiente*, como quien dice: llama sin brasa, estornudo sin nariz.

Mas no pudiendo el hombre recibir en cada caso particular de labios del mismo Dios la expresión de su voluntad en orden a sus propias acciones, deberes y derechos, necesario se hacía que esa ley divina que ordena todas las cosas a su fin: el agua a humedecer, el fuego a quemar, el hombre a conocerle, amarle y servirle, y así de todos y cada uno.

de los seres, tuviera los detalles y explanaciones necesarias, especificando lo general y acomodándolo a casos particulares y que esas interpretaciones y subdivisiones del querer divino fueran conocidas del hombre, en general, por la ley natural, y más en particular, por las leyes positivas del mismo Dios promulgadas, ora por sus ángeles, como en el Sinaí, ora por su hijo encarnado, ora, en fin, por la Iglesia.

Y así como la orden dada por el ministro en nombre del rey tiene tanta fuerza como la dada directamente por el rey porque en definitiva ambas tienen el mismo origen, así también no menos obligan las leyes del Sinaí que las dadas por la Iglesia o por los gobernantes que han recibido de Dios la autoridad.

Ni se objete que ha habido leyes inicuas que no pueden tomarse por norma, pues respondemos que si eran inicuas no eran verdaderas leyes.

Otro error que puede ocurrir es el de creer que algo es bueno porque la ley lo manda. Nó: porque es bueno, es decir, porque se conforme a su naturaleza, a su fin, a la mente y esencia de Dios que lo creó, por eso lo manda la ley. No entramos en las distinciones de las leyes por no ser éste su lugar.

EL DUENDE SIN CABEZA

Pocos serán los que no guarden entre el repertorio de sus recuerdos el de haberse dejado engañar por los cuentos terroríficos que la vieja legendaria de la casa, en cuyos brazos se meció toda la familia, les refería a la lumbre de la hoguera o de la luna en los corredores del hogar, o al resplandor de la débil lámpara que daba a la habitación algo de encantamiento. ¡Y cómo se creían con la más sincera ingenuidad las más estrafalarias historias!

Entre esos cuentos hay uno que casi todos hemos oído.

Era un tiempo en que las brujas bailaban y en que los animales tenían largas y amenísimas conversaciones. Una vez, no sabemos por qué motivo, trabóse ruda pelea entre un duende muy barbado y una bruja muy pícara. Y es el caso que sabiendo la bruja que el viejo se vanagloriaba en demasía de su imponente faz y luenga barba, le dió tal machetazo que de un golpe le zafó la cabeza y ésta se fue rodando por el suelo.

Cuando el pobre duende *se vió* sin cabeza empezó a *sollozar* con la más desgarradora tristeza; derramó no menos de cinco mil *lágrimas* cada una como el puño de la mano y

no pudiendo dominar su dolor, se mesó los *cabellos*, se estiró las *orejas* y hasta se reventó de una palmada las *narices*. Cuando así hubo expresado lo hondo de su cuita, *miró* donde estaba su cabeza, y corriendo hácia ella, la tomó en las manos y la *besó* con arrebatado sentimiento.

¿No te parece, amado lector, que tenemos razón, cuando llegamos a grandes, de rérnos? ¡Qué inocencia, qué ingenuidad, qué celestial sencillez la de aquella edad arrullada por ilusiones y vestida de alegrías!

Y sin embargo, hay entre los hombres y no pocas veces entre aquellos que se precian de sabios, quienes admiten y defienden, no por sencillez, sino por malicia consumada o por crasa ignorancia, absurdos mayores que aquellos del duende sin cabeza que la colma de ósculos llorando.

Si del individuo o de la sociedad se quita la dependencia a las leyes de Dios y a la autoridad por él constituida, ¿qué queda?—Un cuerpo sin cabeza porque acabamos de demostrar en el capítulo anterior que es imposible concebir moralidad que no se base en Dios.

Y esos precisamente que más protestan contra el tamaño disparate de que un tronco sin cabeza pueda mirarla y ejecutar mil actos más que la suponen en su puesto, hablan de

sagrados derechos, de inviolabilidad de la vida, de obligaciones sociales, de virtudes cívicas, todo sin Dios, por supuesto.

¿De cuando acá un simple hombre, como cualquiera de nosotros, de carne y hueso, ha de imponernos su voluntad y sujetarnos a su coyunda, si no se reconoce que Dios le haya dado autoridad?

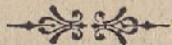
Se responderá que eso dependió de un mutuo convenio por el cual cada uno renunció algo de lo suyo en favor de otro para que éste los gobernase. ¿Y cuándo sucedió y en dónde tan estupendo convenio? ¿Y en virtud de qué derecho, aun suponiendo que aquello así pasara, nosotros que no intervinimos debemos sujetarnos a lo que otros pactaron?

De modo que sin Dios, que es la cabeza no sólo de la creación sino del género humano especialmente, no puede haber *bueno*, ni *malo*, ni *derecho*, ni *deber*, ni cosa alguna que desnivele la igualdad de los hombres, pues como en Dios descansa la esencia de esas palabras, quitado El, no pueden ellas tener sentido, al modo que nadie puede mirar la cabeza que le quitaron del tronco.

Ocurre aquí otra reflexión. Así como el marcar las horas bien marcadas no es naturaleza exclusiva de un sólo reloj, sino que debe serlo de todos, y así como la dependencia del

reloj al que lo hizo no es propia tan solo de uno, sino de todos, ya diseminados por el mundo, ya reunidos en una sola relojería; así también el orden moral y la dependencia de Dios y de las leyes y autoridades que reúnan las necesarias condiciones, no son peculiares de un hombre solo sino de todo aquel que tenga naturaleza racional, ya se le mire solo, ya reunido en familia, ya, en fin, formando sociedad. Dedúcese de aquí lo falso de la doctrina que sostiene la licitud del Estado sin Dios y del hombre público sin religión.

Maquiavelo sostuvo que lo malo que hagan los gobernantes no es pecado por no serles imputable. ¿Dónde estaba su error o su malicia? En que creyó o se empeñó en hacerlo creer que los gobernantes pierden la naturaleza racional. ¡Poca honra les hizo! Pues sólo perdiéndola pueden eximirse de responder por sus actos y de chamuscarse en el infierno si lo merecen.



¡QUE ME PIQUE UN RAYO!

Estaba la noche sumamente oscura. La lluvia azotaba la puerta entornada de una infeliz bohardilla donde, como sardinas en caja, vivían o más bien morían la esposa de Fermín, unos diez escuálidos niñitos, dos gallinas, un gallo, una lora, un gato y un perro. La miseria y la enfermedad estaban personificados en esos seres desgraciados.

El día lo pasaba la pobre mujer revendiendo legumbres en la plaza para obtener con la pequeña ganancia, el pan para ella y para sus hijitos, pues con Fermín no debía contarse para nada, a no ser para recibir en las espaldas una lluvia de azotes cada vez que llegaba ebrio de la calle, es decir, todas las noches. Cuando pasaba la gritería consiguiente a tales desafueros, seguía el chillar en todos los tonos de los rapazuelos que no podían acostumbrarse a ver así tratada a su buena madre: después la lora, el gallo con las gallinas, el gato o gata, y el perro daban las últimas notas de aquel concierto gratis para la vecindad.

Entre ésta teníamos nosotros no la honra, ni el placer, sino la inmensa desgracia de contarnos, pues nuestra pieza en el Seminario quedaba en el segundo piso, con ventana

para la calle, precisamente encima del teatro de los acontecimientos que venimos narrando. Antes de pasar adelante debemos decir que siempre nos era concedido saber qué guisaban los de abajo, pues el tufo no provocador sino asfixiante de la sartén, subía por las rendijas y saturaba nuestra pieza hasta dejar su atmósfera capaz de emborrachar a Baco.

Una noche llegó Fermín más ebrio que de costumbre, si es que esto era posible, y como acababa de oír una conferencia socialista a un *doctor* muy sabiondo, en la cual se le había enseñado al respetable auditorio que eso de creer en Dios y en moral y en conciencia y en responsabilidad por los actos de la vida, y en leyes y en autoridad y en deberes, no era sino invención de los frailes y de los curas, y que el hombre era libre y que no debía tolerarse la desigualdad de categorías sociales ni de riquezas, Fermín resolvió ejercitar el primero su libertad, nivelando con un garrote las costillas de su mujer, y acallando de un golpe a uno de los chicuelos que salió a la defensa de aquélla. Después, comparando lo que acababan de perorarle con la realidad de su bohardilla y con lo amargo y apremiante de la situación de su familia, concluyó borboteando blasfemias e imprecaciones a las que puso fin

con ésta que resonó a compás con un trueno que asordaba el espacio:

—¡Que me pique un rayo!

Este rasgo histórico no es sino una de las pinceladas con que podría pintarse el cuadro espeluznante de las familias sin Dios por la falta de creencias, del freno de la moral y de las leyes divinas y humanas y de fe en los castigos de otra vida, en el padre o en la madre o en ambos.

Póngase en lugar de bohardilla casa o palacio; truéquense los denegridos muebles por los de última moda, lujosamente tapizados; en lugar de perro y gato y lora, téngase coche y palco en el teatro; cámbiese el lenguaje grotesco de la plebe por el atildado de la gente culta; varíese también el motivo del disgusto y quítense, si se quiere, que no siempre se podrá, el detalle de los palos y tendremos las mismas blasfemias, la misma o mayor desazón, las mismas o peores escenas en la casa del rico que en la del pobre cuando Dios no impera en ella. Querrá decir que en lugar de garrote habrá revólver para darse un tiro o darlo a otro en algún lance de los llamados de honor y que en lugar de ser las borracheras con *chicha* serán con brandy o con champañá y que en vez de andar los niños con el cuerpo desarropado o cubierto de andrajos

los del rico tendrán el alma en idéntica situación, cosa mil veces más digna de consternar.

Como el ejemplo es más eficaz que la palabra, y como siempre la naturaleza humana viciada por el pecado, es más inclinada al mal que al bien, no es difícil deducir por qué de padres descreídos y depravados tienen que salir hijos depravados y descreídos.

En confirmación de nuestra tesis no debe olvidarse que el mismo Solá, tan inmoral que los franceses sus compatriotas lo llamaban *le couchón* (el marrano,) jamás dejaba al alcance de su hija ninguna de sus infames novelas, prueba de la convicción en que estaba de que el veneno de la obra se duplicaría para la hija con el hecho de ser su padre el autor.

¿Se quiere, pues formar a los hijos de tal modo que no afrenten el apellido que lleven y que no maten de pena con sus desórdenes a los mismos que los engendran?

Ante todo es preciso el buen ejemplo de los padres; mas ya probamos que no hay moral sin Dios, y por tanto ningún padre podrá mostrarse como modelo a sus hijos si antes no cumple los deberes que Dios le impone para con El, la sociedad, la familia, y su propia conciencia.

Cuando las semillas que se siembran son de cicuta, las plantas que nacen tendrán las

propiedades venenosas de aquella de donde proceden. Sea esta la ocasión de recomendar aquí la famosa obra de Pereda *De tal palo tal astilla*, donde se palpan los estragos de la familia sin Dios.

Nos viene aquí de perlas para terminar este artículo la reproducción del que publicamos en *La Prensa* número 22 de 4 de octubre de 1913. El hecho es perfectamente histórico:

En una de las más importantes ciudades de España, cuyo nombre se omite por causa muy conocida, fue condenado a la última pena el hijo mayor de una noble y opulenta familia.

Hallándose ya el desventurado joven en capilla, pidió confesarse, y lo verificó lleno de arrepentimiento y sincero dolor con un virtuoso Padre de la Compañía de Jesús. Terminada la confesión le suplicó el reo hiciese venir a su padre a la cárcel para que le perdonase y le trajera al propio tiempo el perdón de su madre. Hízolo el padre jesuíta, costándole no poco trabajo que el padre de aquel infeliz accediera a los deseos de su hijo, mas al fin consiguió traerlo a la cárcel.

Apenas lo vio aquel joven, se echó a los pies del padre y le pidió le perdonase y que lo hiciese asimismo en nombre de su madre. Conmovido profundamente el padre concedió

ambos perdones al hijo, abrazándole con ternura. Entonces levantándose éste, dijo:

—Ahora, padre, le perdono yo el mal que usted me ha hecho.

—¿Qué mal te he hecho, hijo mío? respondió confuso.

—¿Se acuerda usted, padre, de aquel día en que al salir de la Iglesia me arrancó usted del cuello una medalla, diciéndome: *deja esas cosas que son beaterías de tu madre?*

¿No recuerda usted—añadió—cuando por vez primera me insolenté con los criados, que me dijo: *Haces bien, tú eres el amo y puedes tratarlos como quieras?*

¿Acaso se ha olvidado usted de que por las primeras malas notas que traje del colegio fui reprendido por mi madre, y usted le dijo: *Déjale: es rico y no necesita de trabajar?*

¿Se acuerda de aquel día que por vez primera le quité una peseta a usted, para jugar, cómo cuando mi madre al saberlo me encerró por castigo, usted en vez de apoyarla me sacó y poniéndome en la mano una onza de oro, me dijo: *Toma hijo mío, que el dinero es para gozar?*

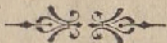
Pues cuando perdí la fe porque a usted jamás le veía cumplir con sus deberes religiosos, aborrecí el trabajo; de resultas me faltó el dinero, y jugué para adquirirlo; perdí y ro-

bé para jugar; luégo asesiné, y mañana subo al patíbulo, manchando la nobleza de nuestro apellido con indeleble borrón. Dios le perdone ¡oh padre! como yo le perdono.—

Al oír tan terrible relato, cayó el padre al suelo desmayado de dolor: exclamando:

—¡Qué horror! ¡que horror! ¡Yo mismo el ser el asesino moral de mi hijo!

¿Cuántos padres podrían decirse otro tanto, y lo que sería horriblemente peor, cuántas madres estarán en el mismo caso con sus hijas infamadas, con sus hijos gangrenados por el vicio?



EL TIGRE Y EL GATO

No hace mucho exhibían en distintas ciudades de Colombia un tigre de los más corpulentos que se han encontrado, preso en jaula de robustos barrotes. Habíanlo cazado en las hermosas estepas de Casanare.

Cuando su exhibición había ya producido pingües ganancias a los empresarios, resolvieron éstos anunciar una lucha bien rara por cierto: la del tigre con un gato.

Llegado el día de tan singular combate, ante multitud de espectadores, entreabieron la puerta de la jaula y lanzaron dentro al pobre gato.

Al ver el tigre un huésped que, aunque se le parecía mucho, le era no obstante desconocido, quiso vengar de un zarpazo la ofensa que se le hacía al violar su domicilio, y con los ojos hechos dos ascuas, lanzóse sobre el intruso. Este al verse tan mal recibido, se acordó del derecho de defensa y escapando el golpe con suma habilidad, empezó a hacer tales pruebas de acróbata, que jamás ninguno le igualara.

En esa horrible lucha de la fuerza contra la debilidad, llegó un instante en que el gato, sin haberse dejado ni rasguñar del tigre, se le agarró al cuello y en menos tiempo del nece-

sario para dividir un trozo de mantequilla con afilado cuchillo, le pasó la hilera de sus uñas por la garganta y lo degolló. Pocos minutos después el tigre, bañado en charcos de su propia sangre, expiraba delante de su pequeño vencedor.

Este episodio, que tuvo lugar en una ciudad de Colombia, es la mejor imagen de lo que llega a ser cada familia y cada nación si se olvidan de Dios. Sólo que entonces la jaula será la casa o el territorio patrio, el tigre quedará reemplazado por el que tenga más fuerza, más dinero o más habilidad para imponerse a todos, y el gato será el ser débil, que necesita de la astucia para poder vencer.

Y basta realmente mirar uno solo de los hogares sin Dios. El marido es el tirano de la fuerza bruta que trata a su esposa como a esclava o a lo más con la fingida ternura que le merece el ser su instrumento de placer o su ayuda necesaria. El día en que la belleza se agoste o la salud se destruya con cruel enfermedad, habrá cesado el cariño, pues no quedará resorte en lo humano capaz de hacer tolerables los sufrimientos y penalidades de la vida. Entonces el hombre, o se desentiende del hogar, concretándose a dar lo necesario para comer, con la frialdad de una máquina, y eso por respeto a la sociedad o se retira del

todo, si es que no pone fin a sus días con un pistoletazo.

La esposa que no aportó al matrimonio virtudes sólidas, en tanto complacerá a su marido y cuidará de él, en cuanto lo necesite o la sanción social se lo exija; mas no tendrá inconveniente en separarse de su lado cuando pueda quedar bien ante la sociedad, aunque pase por encima de su conciencia. Por iguales razones, la casa y la familia y la servidumbre irán manga por hombro.

Y si con la astucia o la doblez puede vencer la fuerza, no tendrá dificultad en hacerlo.

Si de la familia se pasa a la sociedad, ésta será también lucha de tigres y gatos donde se degüellen cada día, si no los cuerpos, sí por lo menos las almas, cumpliéndose siempre en bienes y en honra, la orden de desbandada: ¡Sálvese quien pueda!

Mas si de la familia y de la sociedad se pasa a las naciones, aquí sí que se ve la lucha sangrienta de ambiciones desmedidas, de orgullos vengativos, de codicias vergonzosas o bien, la lucha de unas con otras, realizándose siempre el aforismo de que «el pez grande se come al chico.»

¿Cuál de todas estas afirmaciones se nos puede negar, si para hacerlo sería preciso no haber vivido arriba de un día o estar tan abs-

traído de las cosas de la tierra que pudiéramos preguntar como Pablo, el primer ermitaño: ¿Existen todavía hombres? ¿Construyen todavía casas?

Recordamos una historieta que nos sirve al presente para pintar mejor el estado de la sociedad y de la familia y de los pueblos sin Dios.

Iban de campaña en el ejército liberal del norte, que peleó en *Palonegro*, dos militares de los que el uno era Coronel y el otro soldado raso. Después de aquel célebre combate, vagaban los dos derrotados por un páramo cuando los sorprendió la noche. El frío, el hambre, la impresión de ser apresados de un instante a otro, no les dejaba dormir.

—Dime, Cándido—preguntó el Coronel al soldado—¿no tienes nada que comer?

—Solamente tengo, mi Coronel, un tabaco.

—Pero eso no será para comer.

—Nó, mi Coronel, pero sí es un alivio con este frío tan grande.

—Pues bien: como el tabaco no nos alcanza para los dos, vamos a arreglarnos de un modo muy equitativo: dáme el tabaco y mientras yo fumo, tú escupes.

¿Qué es lo que hacen hoy esos azuzadores del pueblo bajo la capa de conferencias

sobre sus derechos y sus intereses soberanos y sagrados; qué es lo que hacen las clases acomodadas cuando en ellas no reina la moral de Jesucristo? Fuman el trabajo y los sudores de los pobres mientras éstos escupen sus propias entrañas carcomidas por la miseria.

No hay, pues, que extrañar que día por día se agigante la lucha entre los ricos y los pobres, entre los nobles y los plebeyos, si no se admite un lazo de unión que haga misericordiosos y caritativos a los unos y tolerantes y sufridos y resignados a los otros, y ese lazo de unión no es otro que el orden moral acatado por todos, la voz de la conciencia, los preceptos de Dios y de la Iglesia, las leyes humanas, la autoridad pública y privada, aplicadores, intérpretes o fuentes de aquel orden en la forma que queda ya plenamente explicada en artículos anteriores.

CON UNO DE LOS DOS

Consecuencia de lo dicho hasta aquí es que no se puede unir el imperio de la carne sin ley con la tranquilidad y los frutos del imperio del alma sobre esa carne, o en otras palabras: que no se puede encender una vela a Dios y otra al diablo.

Hemos llegado a este dilema: *o los individuos y las familias y los pueblos se acercan a Cristo, o rodarán al abismo.*

Convirtamos un momento la mirada al viejo mundo y encontraremos lecciones fecundas en saludables enseñanzas.

¿Cómo empieza la ruina moral y aun material de todos aquellos países? En Inglaterra, Alemania y algunos otros, con la Reforma protestante que puede pintarse con tres palabras: orgullo que lleva a la desobediencia al Papa; sensualidad que lleva al crimen; saqueo y codicia que se impone lógicamente para dar rienda suelta a las pasiones; en Francia, con la Revolución volteriana del 93, que puede compendiarse así: imperio absoluto de la razón deificada que se traduce en diluvios de sangre, de podredumbre y de herejía; en Italia con el auge concedido a las sociedades secretas y al judaísmo, que se sintetizan en odio formal a Jesucristo, doquiera que su espíritu

sople, sea en tronos, cátedras, costumbres, libros, teatros u hogares y en España con las libertades dadas al socialismo y comunismo, que se empeñan en atacar toda autoridad y toda religión y en nivelar el género humano, aunque para conseguirlo se haga necesario cortar la cabeza a lo más alto y volar todo edificio y toda montaña que perturbe la decantada igualdad; y si del Viejo Mundo pasamos al Nuevo, en éste la ruina moral reconoce por causas algo de todo lo anterior más la idolatría del oro que atropella todo derecho y el liberalismo neto que es el basurero donde se recoge todo lo malo de todos los errores.

¿Cómo se iban agigantando de nuevo Inglaterra y Alemania hasta antes de estallar la conflagración europea? Con la vuelta a grandes pasos hacia el catolicismo, con la enérgica actitud de los buenos sobre los malos para defender sus creencias contra el ultraje y para llevarlas triunfantes a las cámaras y al ejército. Y esta resurrección se venía acentuando también en los demás países de la Europa, especialmente en Francia, donde, a despecho del Gobierno, los católicos se han determinado a dar la preferencia a los bienes espirituales sobre los materiales, sosteniendo a su costa las escuelas y el culto, y no solo en Europa sino en América se ve que a medida que los pueblos

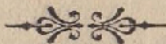
se convierten a Cristo, crecen en prosperidad de todo género. Ahí están los Estados Unidos donde, más que en ninguna otra parte, el catolicismo toma hoy incremento gigantesco; y ahí está Colombia, que al amparo de la paz, a medida que ha ido desertando de las filas del liberalismo, ha ido creciendo en riquezas y ve en lontananza días de mucha grandeza.

En cambio España (hasta antes de caer el Gobierno liberal) Portugal, Méjico y varias Repúblicas suramericanas, y en los momentos actuales casi toda la Europa, en la misma proporción en que arrojan el Crucifijo de las escuelas y expulsan o persiguen las órdenes religiosas y el clero, y roban los bienes eclesiásticos y se empeñan en cerrar los templos y fundir las campanas y apagar los incensarios y echar a Dios de las leyes y de las conciencias, ven multiplicarse los salvajes y sanguinarios atentados que contra gobernantes y pueblos enteros cometen muchedumbres ebrias de matanza. No puede obtenerse otro fruto cuando al pueblo se le arrancan sus creencias y el respeto a la autoridad, y al niño se le prohíbe invocar a Dios, favoreciendo o tolerando la enseñanza impía, y cuando se fomenta la prensa obscena y desbocada y se truecan los teatros y cinematógrafos en escuelas perennes de corrupción, y se deja calum-

niar al clero impunemente, al clero que es en todas partes el portaestandarte genuino del progreso, de la civilización y del bien moral.

Hay, pues, que escoger:

¡O hacia Cristo o hacia el abismo!



PARA MI GAPOTÉ

Después de todo lo expuesto hay que sacar consecuencias prácticas:

Antes que todos los bienes de la tierra estén los del alma y por tanto, no debe omitirse esfuerzo para defender nuestras creencias y profesarlas sin respetos humanos; para trabajar por la conversión de los demás, cada uno en la medida de sus fuerzas; para acatar a ojo cerrado las leyes de la Iglesia; para apoyar a todo trance a la autoridad legítima; para prestar apoyo a la buena prensa y perseguir la mala; para no permitir la implantación de los principios liberales, masónicos, socialistas y, en una palabra, opuestos a las doctrinas de Jesucristo; para cuidar con verdadero celo de los que nos estén encomendados; para aliviar las desgracias ajenas cuanto nos sea posible; para tener una sola conciencia así en público como en privado; para cumplir los deberes que cada estado de la vida impone; para ser, en una palabra, buenos católicos.

Tratándose de la educación de la familia, debe pasarse por encima de toda consideración mundana y elegir siempre los colegios donde ante todo se enseñe a conocer, a servir y a amar a Dios, sin permitir por ningún

motivo la entrada en el hogar de periódicos, libros o pinturas obscenas o en alguna manera corruptoras.

Tratándose de las autoridades, debe tenerse muy presente que toda autoridad viene de Dios y que, por tanto, debe apoyarse su acción mientras ésta no pugne con deberes de orden superior. La rebelión contra la autoridad legítima siempre es un crimen injustificable.

Tratándose de Dios, hay que tener muy presente que tarde o temprano caeremos en sus manos y que, siquiera por conveniencia, debemos acatar sus leyes, defender sus dogmas y ser hijos sumisos de la Iglesia con la observancia de los preceptos y leyes de ésta y con la obediencia a los Pastores que tienen por cargo dirigirnos.

Tratándose de la sociedad en general, no conocemos mejor principio para cumplir los deberes que con ella tenemos, que el siguiente:

«No hagas a otro lo que no quieras para tí.»

Por último, tratándose de nuestra alma, no debemos olvidar que sólo tenemos una; que todo lo habremos perdido si no salvamos ésta; que no la podemos salvar sin llevar una vida como la quiere Dios, es decir, en un todo conforme con el orden moral. Ese orden pide

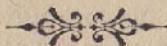
cómo coronamiento el premio para el que obré bien, para el que no la viola, y el castigo para el que obra mal.

En todos los hombres hay una parte que se ve y otra que no se ve. En el santo las dos son iguales: virtud por dentro y por fuera. En los demás hay gradación: desde el exterior más santo con el interior más malo, hasta el interior más bueno pero tapado a la fuerza, por sistema o por orgullo, con el exterior más malo. ¡Cuántos en realidad tienen corazón noble, quizá creencias vivas y deseos del bien; pero los prejuicios de partido, las conveniencias sociales o un honor mal entendido les obligan a mostrarse enteramente opuestos a su interior! ¿Por qué no romper de un golpe esas cadenas que impiden hacer el bien y, persuadido el entendimiento de la verdad, hacer que el corazón la abraze y que el hombre la ponga por obra? ¿Para qué sostener esa comedia si al llegar la muerte ha de convertirse en tragedia de desenlace fatal?

La vida es el plazo para comprar el cielo; ella es como la sala de audiencias que Dios concede al hombre. ¿No es verdadera locura ultrajarle y hacerle que pronuncie la sentencia a tormentos eternos, pudiendo con tan poco esfuerzo obtener de El durante el mismo tiempo grandes mercedes que no terminarán?

Plegue a Dios bendecir este opúsculo; abrir los ojos que están cerrados, iluminar más los que estén abiertos, acercar muchos corazones a Cristo y así salvar muchas almas.

No olvidéis amado lector, pedir por quien ha escrito estas líneas con la más recta intención de seros útil.



RECETAS PRACTICAS Y UMUY TILES

PARA TODO HOGAR O INDIVIDUO

LAS NOTICIAS y todo lo AMENO se encuentran en *La Prensa*.

EL PADRE DE FAMILIA que ame a sus hijos, debe estar suscrito a *La Prensa*.

TODO AMIGO QUE SEA VERDADERAMENTE TAL debe obsequiar a sus amigos suscripciones a *La Prensa*.

LA MEJOR MÁXIMA DE HOY, ES: «Suscríbese a *La Prensa* y será feliz.»

LA MAYOR DESGRACIA Y CAUSA DE MUCHOS MALES es no estar suscrito a *La Prensa*.

EL QUE TIENE \$ 0,25 y no se suscribe a *La Prensa*, no sabe gastar su dinero.

LA PRENSA es el periódico que cuenta suscriptores en todos los partidos, porque sólo trata asuntos que a todos les importan y siempre dice la VERDAD.

¡¡A suscribirse todo el mundo a "La Prensa" de Bogotá!!

La suscripción a seis meses, o sea medio año sólo vale \$ 0,25.

En la Oficina de Correos de ésa le informan la manera de dirigirse a nosotros y enviarnos el valor de sus suscripciones. No se le olviden nuestras direcciones:

Apostolado de la Prensa de Colombia

Bogotá—Apartado 292—Por telégrafo: APOSTOLADO

NUESTRA LIBRERIA—ATRIO DE LA CATEDRAL

APOSTOLADO DE LA PRENSA DE COLOMBIA

ATRIO DE LA CATEDRAL—BOGOTÁ—APARTADO 292



Librería de propaganda, Imprenta, Tipografía, Fábrica de sobres, Encuadernación, Sellos de caucho, Papelería, Útiles de escritorio, Artículos religiosos, Armonios de la mejor marca, Aparatos para proyecciones en las parroquias, Máquinas de escribir y mimeógrafos para obtener miles de copias de un solo original, Máquinas y artículos fotográficos, objetos para catecismos y para premios, Relojes, Plumas-tinteros, Novedades eléctricas etc.

EL PAPEL MONEDA casi no vale nada, y con todo, quien remita \$ 0,25 en oro legal lecrá *La Prensa*. Por tan insignificante suma queda suscrito con derecho *que nadie se lo usurpa*.

HOJITAS DE PROPAGANDA a \$ 0,25 el ciento.

SOBRES \$ 0,20 el ciento.

ENVÍE USTED \$0.05 en estampillas de Colombia sin usar y le remitiremos nuestro muestrario de sobres en 10 modelos desde tarjeta hasta oficio.